

1960: SU HERENCIA INTERNACIONAL

JUAN P. CHIRIBOGA,
de la Universidad Central, Quito

NO DEJA de ser útil —yo diría, jactanciosamente, que necesario— tratar de hacer un balance de la vida internacional durante el año que ha concluído, siquiera sea porque los más despiertos temen que esta década de los sesentas —como dicen los sajones— será decisiva en la suerte de todo el mundo. El término de un año siempre ha invitado al hombre a repasar lo que ocurrió en él, con el ánimo, por supuesto, de imaginar qué le aguarda en el próximo. Casi no necesito agregar que no puede intentarse aquí sino un balance grueso, y, además, hecho desde un punto de vista bien personal.

Cualesquiera que sean los fines inmediatos y lejanos que quieran atribuirse a la diplomacia soviética, una cosa parece clara: no se alcanza a ver qué fuerzas o circunstancias pueden aquietarla hasta hacer posible un entendimiento con Rusia, no definitivo, por supuesto, pero sí que pueda darle a ella, al Occidente y al resto del mundo la sensación legítima de una tregua.

Roto el contacto directo entre Rusia y Estados Unidos, e incapaces de restablecerlo, como han sido, Inglaterra y Francia, se ha pensado que podría lograrlo el grupo llamado 'neutralista'. De hecho, los jefes de estado de Ghana, Indonesia, la República Árabe Unida y Yugoslavia, más el primer ministro de la India, presentaron en la xv Asamblea General de las Naciones Unidas un proyecto de resolución para conseguir ese objeto. Aparte de que la proposición fracasó, al grado de haberla retirado sus proponentes, y de que fracasó por la razón pueril de que en ella aparecían, escritos con todas sus letras, los nombres de la Unión Soviética y de Estados Unidos, es menester rascar un poco en la filosofía y en la

composición del grupo neutro para darse cuenta de que no pueden esperarse de él muchas cosas, sobre todo si se admite que el verdadero fin no es que los dos grandes rivales vuelvan a sentarse a conversar alrededor de una mesa, sino que de sus conversaciones salga algún entendimiento.

En primer lugar, es inexistente como grupo, pues aun cuando quizá pudiera comprobarse que, en efecto, se abstienen de tomar partido cuando es muy aguda la oposición de intereses entre Rusia y Estados Unidos, será fácil cerciorarse de que se trata de una coincidencia accidental de actitudes particulares, incoherentes, pero en modo alguno de una política exterior común o única, consultada entre ellos y por ellos decidida. Vistos individualmente, cada uno de esos cuatro países goza por ahora de una consideración y un peso desproporcionados al intrínseco que pueden y deben tener. Resueltos a no participar en la contienda, los dos principales rivales los halagan y cortejan, no porque vean en su acción de amigos y componedores la solución a sus rivalidades, sino porque cada uno quiere atraerlos a su campo como un arma más para combatir al otro. Vista en su mejor aspecto, la filosofía "neutralista" supone que de la contienda entre el comunismo y la democracia liberal saldrá por fuerza un mundo distinto y mejor, y, en consecuencia, que el actual habrá de liquidarse, no con la victoria del uno sobre el otro, sino con la desaparición de ambos. Vista en su aspecto peor, la filosofía neutra es de un oportunismo subido, pues proclama, en definitiva, que a río revuelto, ganancia es de pescadores: el verdadero interés de los neutros, entonces, radica en revolver, no en aquietar las aguas del río. Por sobre todas las cosas, sin embargo, parece ilusorio suponer que los componentes del grupo neutro tiene la fuerza física y moral necesarias para inducir a los rivales, no ya a llegar a un entendimiento, pero ni siquiera a buscarlo seriamente.

No hablemos ya de Indonesia, país de mil problemas y en cuya solución no se ve progreso tangible, ni de su líder, el presidente Sukarno, hombre de innegable simpatía personal y de no escasa habilidad para la maniobra política menuda, pero que ha dado ya pruebas suficientes de faltarle la esta-

especie de garantía imparcial que Estados Unidos pudo representar. La solución, difícil de por sí, fracasó porque nadie vió venir el problema, y Estados Unidos careció de la habilidad necesaria para presentarse ante los africanos como defensor y amigo suyo, y, ante los países metropolitanos, como un agente de pompas fúnebres que se acomodía a enterrar con buenos modales al viejo colonialismo.

Fracasada esa solución, apenas quedaba la de que las Naciones Unidas se echaran a cuestras la tarea de encarrilar a los nuevos estados africanos en su vida independiente. Ninguna otra podía ser mejor que ésta en el sentido de que no sería ni un país ni un bloque de países los que lo hicieran, sino todos los del orbe, o, mejor aún, ninguno, sino el cuerpo internacional que todos forman. Tenía esa solución el inconveniente grave de la lentitud y la indecisión inevitables en un organismo internacional.

Nadie parece haber visto, no tanto los peligros que el vacío de África representaba para la paz del mundo, sino la ocasión milagrosa, única, de que las Naciones Unidas lo llenaran, para ganar así un prestigio y una justificación que hubieran prolongado indefinidamente su vida, como el Secretario General Hammar skjold. Lo comprueba la conducta de la Unión Soviética, y de manera muy particular la de su primer ministro, en la Asamblea General. Las Naciones Unidas jamás han contado con la simpatía de la Unión Soviética, entre otras mil razones, por la sencilla de que en ellas ha estado siempre en minoría; pero es del todo cierto, por una parte, que la Unión ha sido siempre respetada y aun temida, y, por otra parte, que no puede ocultársele el progreso, lento, pero continuo, que ha logrado en hacerse oír y aun acompañar en el voto. La Unión Soviética fue una voz determinante en la elección de Hammar skjold y en su reelección, apenas hace dos años. Así, el ataque despiadado a la Organización y a su Secretario General no tienen otra explicación que la certeza de Rusia de que la victoria de Naciones Unidas en África era una derrota para ella. Así, Rusia resolvió hacer de la Organización una enemiga suya.

LOS ESPECIALISTAS en el bloque soviético se inclinan a creer que las diferencias de enfoque, y aun de la historia personal de sus grandes líderes, han alejado a Rusia de la China Popular, y que muchas de las actitudes internacionales de la primera tienen su origen en la necesidad de contener a la segunda y de precaverse de ella. Atribuyen, por ejemplo, la insistencia soviética —dramática, si fuera menos chocarrera— para llegar a un arreglo sobre el desarme, a que necesita lograrlo antes de que la China Popular haya entrado por su propio pie al “Club Nuclear”.

Es muy posible que existan tales diferencias y aun que sean lo bastante serias para producir esos y otros efectos; pero parece más que aventurado suponer que puedan conducir a moderar la agresividad soviética y menos todavía a “hacerla entrar en razón”, es decir, a llegar, por ejemplo, a convenir en unas bases que aseguren por algún tiempo una coexistencia en verdad pacífica. El nacimiento de una China comunista, el indudable crecimiento que ha tenido y su enorme fuerza potencial son un elemento más de la maraña internacional; pero difícilmente puede aguardar el mundo occidental otro resultado que no sea una dificultad más y un peligro más, centuplicados una y otro por la magnitud colosal de China.

De Asia, quizás no sea necesario detenerse sino en Japón, hechas ya algunas reflexiones sobre China e India. Simplemente para que el cuadro no quede sin colores en algunos rincones, debe pensarse que las varias nacionalidades del Asia Sudoriental, algunas muy importantes estratégicamente para Estados Unidos por su colindancia o proximidad con la China Roja, son una carga más que una ayuda, más un peligro que una seguridad, así de débiles e informes son, y así de difíciles sus problemas económicos, sociales y políticos. En una atmósfera general de cierta paz y de algún orden, o aun con una guerra fría menos abrasadora, sería un espectáculo de maravilla contemplar su desenvolvimiento y favorecerlo; pero en las condiciones de hoy, que subsistirán por algunos años, esas nacionalidades no pueden ser sino otro motivo de preocupación.

Pero lo es más, en rigor, Japón, por su magnitud, por su pasado y por el papel que a Estados Unidos le convendría que desempeñara en el mundo de hoy. No muy al tanto de la literatura japonesa, ignoro si hay un escritor o un gobernante japoneses que haya expuesto con franqueza la posición de su país. Para mí, de las tres potencias de cierta magnitud que sufrieron reveses en la última guerra mundial, ninguna ha quedado en una situación tan trágica como Japón. Italia no padeció, después de todo, grandes daños materiales; tras de colgar patas arriba a Mussolini y a su Claretta, pronto comenzó a recuperarse económicamente, aun cuando sin poder evitar descender en su posición política internacional, inferior a la de antes, y muy inferior, desde luego, a la que Mussolini pretendió darle con sus altisonantes discursos. Aun así, vive, se enriquece, y no peligr ella, individualmente, sino en tanto que todo el mundo occidental peligre. Alemania, la verdadera provocadora de las dos guerras mundiales, sufrió en la última en un grado que parecía increíble. De la nada, sin embargo, se ha levantado hasta ser la nación europea occidental más próspera. Su fuerza militar es casi nula, pero sus opiniones y sus intereses pesan poco menos que los de Inglaterra, casi tanto como los de Francia y más que los de Italia. Dividida y perdida buena parte de su antiguo territorio, obligada a defender la situación tan precaria de Berlín, no le faltan problemas, y difíciles; pero tiene una personalidad propia, y, como en el caso de Italia, no está en juego su existencia o su destino individuales, sino que se han ligado a la suerte que pueda correr el Occidente todo.

El caso del Japón, quizás semejante a los de Alemania e Italia en algunos aspectos, es, sin embargo, distinto, si no en naturaleza, al menos en grado. Hitler y Mussolini nunca ocultaron sus designios de conquista ni atemperaron su agresividad envolviéndola siquiera con dulces palabras o gestos comedidos. Fueron en todo momento el guapo de barrio que, con la faca al cinto y el escupitazo a flor de labio, pasean su arrogancia estruendosa por la plaza y la piquera. Japón, en cambio, presentó su invasión y su guerra contra China usando un lenguaje propio de la mecánica celeste, pues las llamó

“esfera de la coprosperidad”. No lo movía, según él, un designio de dominio político y militar, o de explotación económica, sino un impulso místico de hacer salir de su pobreza a la madre que antaño le había dado lo más noble y perdurable de su civilización y de su cultura. Nadie ha podido olvidar las circunstancias en que se hizo el ataque a Pearl Harbour, ni tampoco la crueldad hiriente de su invasión de toda el Asia Sudoriental.

Japón debe admitir a estas alturas que en nada acertó, que en todo se equivocó, y que erró, no a medias, sino de un modo absoluto. Sobre él cayeron las primeras y las únicas bombas atómicas que hasta ahora se han lanzado; sufrió también una ocupación militar prolongada, que, además, intervino en toda su vida política, económica y social. Al reanudar sus pasos de nación degradada de su antigua posición de gran potencia y empobrecida por la devastación de la guerra, Japón contaba con la antipatía —cuando no el odio— de todos los pueblos por los que pasaron sus tropas, y pronto vio surgir de sus cenizas una China comunista que iba alzándose frente a él como un gigante inconmensurable y amenazador. Japón sabe —o debe saber— que a pesar de sus indudables prendas de frugalidad, perseverencia, capacidad de adaptación, y una experiencia más que centenaria de caminar por el mundo, sus recursos físicos y humanos son limitados, y más si han de compararse a veinte años plazo con los que tendrá para entonces la China Roja.

¿Qué apoyo dará Japón al Occidente? Dése éste de santos si le dura el actual mientras llega a un arreglo relativamente estable con el bloque comunista.

¿ESTÁN TODOS los elementos cargados de un lado, como parecería deducirse del cuadro que se ha hecho aquí? Por supuesto que no; los hay también del otro, y quizás en un futuro no lejano surjan nuevos. Es palpable, por ejemplo, que a la Unión Soviética, y en particular a su vocero, el señor Jota (o J., por Jrushchov), se le ha ido la mano. Sus satélites lo conocen de sobra, y saben qué pueden esperar de él; pocas sorpresas han de producirle a los políticos del mundo occi-

dental; pero ¿a los inocentes, virginales estados del África negra? El solo espectáculo del señor Jrushchov en la Asamblea de las Naciones Unidas basta para suponer, o que esos estados se han llenado de pavor ante la sola idea de que sus países puedan caer bajo el dominio de un hombre tan desorbitado, o que nada ha de esperarse de ellos, pues su insensibilidad, entonces, sería casi irremediable.

Pero, con esto y con todo lo que más quiera ponerse en el otro platillo de la balanza, lo que menos puede concluirse es que dista mucho de ser brillante la situación actual del Occidente. Dicho positivamente, es lo bastante oscura para exigir una meditación seria y callada.

¿CUÁL ES la situación de la América Latina de hoy, excepto Cuba, que ha de considerarse aparte?

No es satisfactoria —por desgracia— desde el punto de vista económico. Lanzados todos los países que la componen a la empresa de crecer económicamente cuanto antes, sus importaciones —de bienes de capital, sobre todo— han crecido mucho en cantidad, pero quizás todavía más en valor, pues deben pagarlas a precios superiores a los de hace diez o quince años. Sus exportaciones, en cambio, tienen desde entonces un mercado poco lucrativo e inseguro. Esto mantiene sus balanzas de pagos en una posición deficitaria, o al borde de caer en ella. El Fondo Monetario Internacional no puede remediar una situación de desequilibrio que parece permanente, o, por lo menos, indefinida, y las inversiones de capital extranjero suelen no compensar la pérdida de divisas que sufren con el encogimiento de sus exportaciones. El resultado final es que el desarrollo económico que tanto necesitan y que apetecen casi con delirio, se estanca, o no alcanza el ritmo necesario para crearles la impresión clara, convincente, de que avanzan sin descanso hacia la gran meta de un bienestar material decididamente mayor y más general del que han tenido hasta ahora. De allí la intranquilidad, el pesimismo, o la inclinación a pensar que, para alcanzar sus propósitos, deben intentar otros procedimientos, copiar otros modelos, o quizás abrazar una nueva filosofía política.

La apariencia política es mejor hoy que hace unos cuantos años: desaparecidas las dictaduras bochornosas de Perón, Rojas Pinilla y Pérez Jiménez, y segado el tronco de la de Somoza en Nicaragua, sólo queda en grado ignominioso la de Trujillo en la República Dominicana. Pero son perfectamente condenables los gobiernos de Stroessner en el Paraguay y el de los hermanitos Somoza en Nicaragua, además de que no pueden aplazarse por mucho tiempo los cambios económicos y sociales de fondo que necesitan Guatemala, El Salvador y Perú, por lo menos.

Por otra parte, es bien desalentadora la situación de dos de los tres países que, después de pasar por las horcas caudinas de la dictadura, lograron restablecer gobiernos hijos de un sufragio popular libremente expresado. El peso excesivo del ejército en Venezuela y Argentina obliga a los gobiernos civiles de los presidentes Betancourt y Frondizi a seguir un camino inseguro, a veces tortuoso, y que, en todo caso, no corresponde a los deseos mayoritarios que representan los parlamentos de esos dos países. Es de suponerse que sin esa maléfica influencia de las fuerzas armadas, el gobierno de Betancourt intentaría reformas de más fondo y aun de alguna audacia. Y en el caso de Argentina, la intromisión de esas fuerzas tiene, además de otros, el efecto indudable de minar el prestigio de la autoridad civil y de orillar al país a creer que debe volver a un gobierno castrense.

Sin embargo, lo que más descorazona es que no existe un solo gobierno latinoamericano del que pueda decirse que goce de una simpatía popular manifiesta, y, sobre todo, activa. Los de mejor tradición democrática: Chile, Uruguay y Costa Rica, no son, desde luego, gobiernos brillantes, capaces de captar la adhesión encendida de los gobernados, y menos de ser tenidos por otros pueblos latinoamericanos como una esperanza y mucho menos aún como un modelo. Brasil, con recursos físicos y humanos superiores, es un país de sorpresas, pero no siempre gratas: al lado de la jugarreta genial del presidente Kubitschek de embarcar al mariscal Lott como candidato presidencial *suvo* para desembarazar al país de la amenaza de un militarote encumbrado; al lado de ese ímpetu,

sin duda extremoso, pero siquiera audaz, de crear de la noche a la mañana una gran capital; Brasil vive en un desorden administrativo ya crónico, y con un espíritu complaciente gasta más de lo que tiene, con el resultado de vivir ya, también crónicamente, en una inflación que hincha de dinero a una minoría audaz mientras empobrece al pueblo.

Colombia, a quien casi nunca le ha faltado, al menos, un núcleo de gobernantes de prendas intelectuales y morales de excepción, no despierta todavía de la pesadilla de Rojas Pinilla, ni logra liquidar los odios irracionales que dividen a liberales y conservadores. A pesar de todo, progresa, pero no deja de producir zozobras la duda de si tras las grandes figuras liberales y conservadoras de hoy, se han ido creando generaciones nuevas que puedan sucederlos, y, desde luego, con una sensibilidad más despierta para medir la urgencia y percibir los contornos de los problemas nuevos del país y de la América Latina.

México, que se adelantó en muchos años a todos los países del orbe, y no tan sólo a los de la América Latina, a revolucionar su estructura económica, social y política, sacudiéndose el letargo de una paz sin sentido y de un progreso económico indudable, pero no general; México, el intrépido adelantado de tantas causas buenas, ha fallado en esta hora crucial para la América Latina. Hace tiempo que Estados Unidos se empeña en presentarlo como un modelo a sus hermanos americanos: éste es —dice— un país que, después de hacer una revolución para sacudirse el fardo de un pasado inútil y estorboso, ha puesto en orden su casa, callada, tesoneramente. Vive en paz, ha ganado en estabilidad política; el gobernante civil ha sucedido al militar; progresa económicamente de un modo espectacular y las clases bajas están llegando a la altura de la clase media en mayores números y con cierta facilidad. Todo esto es verdad, y, sin embargo, los mismos mexicanos creen que México ha podido hacer más, muchísimo más que eso, y que por no hacerlo, ha dejado de tener a los ojos de la América Latina la iniciativa del cambio social justo y de fondo.

de moda desde hace unos diez o quince años la concepción "realista" de la política internacional. De acuerdo con ella, el hombre en su vida política nacional, y el estado en la internacional, no obedecen a otro móvil que el de mejorar a toda costa su posición de poder. Y aun cuando los teóricos que defienden esa concepción se cuidan mucho de subrayar que no es la fuerza física el único elemento que crea y aumenta el poder, siempre la colocan en primer término. Pues bien, en Cuba se encuentra un ejemplo vivo, a la vista de todo el mundo, donde se ve que a la fuerza física pueden oponerse con éxito otras, a veces tan débiles como la palabra, cuyo destino, según el dicho popular, es que se la lleve el viento.

Si los latinoamericanos fueran inteligentes y sensibles, deberían estar profundamente impresionados por esta vulnerabilidad increíble de Estados Unidos, primero, porque la han descubierto —redescubierto, diría un buen historiador— a costa de Cuba; segundo, porque, como en este mundo todo es relativo, la debilidad de Estados Unidos fortalece a los latinoamericanos, y en este caso, gratuitamente; en fin, y sobre todo, porque la debilidad de Estados Unidos es de buena clase, digna de un elogio sin reserva, pues el fuerte que no acude a la fuerza para dirimir sus diferencias, inspira simpatía y confianza.

La otra lección, de mayor interés, si se quiere, es que la admiración que despierta la revolución cubana en la América Latina se debe —más que a ninguna otra cosa— a que ha querido beneficiar al pueblo directa, resueltamente. Es probable que no todos los métodos usados en Cuba puedan aplicarse en otros países latinoamericanos, y más probable aún que, siendo posible, su aplicación fuera indeseable. Pero lo que no puede dejarse de concluir son todas estas cosas. Es ya incontenible el ansia de mejorar de la gente pobre, en la América Latina y en todo el mundo. El pobre está ya harto de oír que va a mejorar y de ver que no mejora; está harto de mejorar hoy, pero no mañana; y está harto también de mejorar hoy y mañana, pero poquito. Quiere, en suma, mejorar mucho, pronto y todos los días. Es muy posible —y, desde mi punto de vista, deseable— que el hombre cambie alguna vez de opinión; pero, por lo pronto y durante largo tiempo, cree

y creará que sólo de pan puede vivir, y por conseguir el pan, el hombre de hoy es capaz de vender su alma al diablo, o sea, de vender su libertad al comunismo.

Y este es el elemento más perturbador de la revolución cubana en la América Latina. De acuerdo en que la revolución Mexicana fue la última que pudo ser blanca, inocentemente nacionalista, y que todas las que la han seguido han tenido que mancharse de algún "ismo" internacional; de acuerdo en que era lógico, natural, inevitable, que los revolucionarios cubanos creyeran y crean todavía que Estados Unidos aplastará su revolución; de acuerdo en que para Fidel Castro, pero, sobre todo, para el Che Guevara, la impresión de la caída de Arbenz —que Guevara presencié con sus propios ojos— resulte imborrable; de acuerdo, por último, en que ningún movimiento revolucionario ha dejado de alimentarse con la desconfianza y el odio, y en que para Cuba, nada más próximo y fácil que suscitarlos contra Estados Unidos. Y en el camino de la buena voluntad para entender, todavía puede hacerse una concesión más: dado que la política de resistencia y de combate contra una gran potencia es un juego duro, en que casi cualquier arma puede tenerse como legítima, los revolucionarios cubanos han podido coquetear un poco con el bloque soviético.

Nada de esto puede impedir que un observador imparcial, pero con vista, deba concluir que, aparte estrategia y táctica, intenciones y palabras, los revolucionarios cubanos han importado a su país y a la América Latina el comunismo, y que han formado un régimen y un gobierno comunistas. Y ese mismo observador también tiene que concluir que es éste un hecho absolutamente nuevo, de una importancia incalculable y destinado a perturbar a fondo la vida de relación entre los países latinoamericanos y la de éstos con Estados Unidos.

Las relaciones entre los países latinoamericanos no han sido nunca todo lo inteligentes y provechosas que han podido y debido ser; pero han descansado siempre en un entendimiento tácito, que rara vez se ha perturbado y eso sólo pasajeramente. La nota dominante de esas relaciones ha sido la

semejanza y no la diferencia, y menos una diferencia en verdad insalvable. Por la primera vez en los ciento cincuenta años de su vida independiente, el comunismo cubano plantea una diferencia que puede llegar a serlo. Si en los gobernantes cubanos llega a privar la fidelidad ideológica sobre el trasfondo histórico común latinoamericano, no sólo Cuba tenderá a separarse de la América Latina, sino que acabará por considerarla con la hostilidad inevitable con que se mira un obstáculo más en el camino. Y en la medida en que los otros pueblos y gobiernos latinoamericanos sientan que la amistad con ella está condicionada a una aceptación indiscriminada de cuanto Cuba haga dentro y fuera de su casa, en esa medida tales pueblos y gobiernos la considerarán, en el mejor de los casos, como una oveja negra a la que debe dejarse correr su suerte, y, en el peor, como una carga insufrible de la que han de desembarazarse.

Pero los revolucionarios cubanos le han planteado a la América Latina otro problema de igual gravedad, el de elegir entre Cuba y Estados Unidos, puesto que mantienen que sus diferencias con éste son irreconciliables. Ningún país de la América Latina ama a Estados Unidos, como quizá ninguna nación ha amado nunca a otra. A pesar de ello, en los países latinoamericanos no puede dejar de haber personas suficientemente sensatas que reconozcan con la luz meridiana de la verdad que, tras de ser imposible dejar de tener relaciones con Estados Unidos, es necesario y deseable tenerlas buenas, firmes y estrechas. Que esas relaciones deban condicionarse al respeto del derecho ajeno, a que sean más en beneficio del pobre y del débil que del rico y del fuerte, es una cosa, y muy otra que es literalmente imposible e indeseable prescindir de ellas o hacerlas descansar en la recriminación y el pleito constantes. La Cuba comunista, así, le plantea a la América Latina una disyuntiva verdadera.

Yo estoy persuadido de que los dirigentes cubanos se dan una cuenta perfecta de los problemas que le han creado a los países latinoamericanos en sus relaciones mutuas y en las que mantienen con Estados Unidos. Ocurre que, como verdaderos revolucionarios, como gente que busca subvertir todo, poner

patas arriba cada cosa del mundo, creen que el pueblo latinoamericano está de su lado y que en su contra sólo se encuentran los gobiernos. De ahí que desprecien en silencio a éstos, o los injurien de manera abierta, y que cortejen al pueblo para que los derribe. Creen tan a pie juntillas en esta idea, que la han llevado al extremo fantasmagórico de cultivar asiduamente a la población negra de Estados Unidos con la certeza de que no tardará en abrazar su causa. Así, además de ganar para ella alguna simpatía, le asestarán al gobierno de Estados Unidos el golpazo de plantarle en el corazón de su territorio un caballo de Troya, de cuyo seno brotarán en el momento propicio ocho millones de rebeldes armados.

Ningún ser consciente puede a estas alturas desdeñar *a priori* la fuerza demoleadora, no ya de toda una doctrina revolucionaria, sino de una simple táctica aislada cuando se ensaya con bastante porfía. En el caso particular de Cuba, además, uno tiene que reconocer y admirar el hecho de que los revolucionarios han jugado hasta ahora sus cartas no sólo de un modo espléndidamente eficaz, sino que las han jugado en grande, en un verdadero escenario universal. Tanto es así, que un infeliz conspirador ecuatoriano apenas puede reprimir la sospecha de si serán los revolucionarios cubanos quienes en verdad las juegan, o si se limitan a moverlas. De cualquier manera, apena una enormidad que el hombre, tan dispuesto a hacer pruebas de laboratorio cuando busca los secretos de la química o la biología, no quiera hacerlas cuando se trata de negocios humanos, aun si en ellos se juega la suerte de millones de hombres.

Pero la verdad de las cosas es que yo daría cualquier cosa —incluso algo de la mucha vida que me queda— porque Fidel Castro, Guevara y Raúl Roa resolvieran probar sus ideas con México. El experimento o la prueba se haría en condiciones ideales, pues si en algún solar americano hay simpatía por la revolución cubana, es en México, y en ningún otro está tan labrada la tierra para malquerer a Estados Unidos. En cuanto al gobierno mexicano, en la boca de un demagogo es tan vulnerable como los de Ydígoras y Trujillo. El experimento, entonces, consistiría en que los revolucionarios cubanos

hicieran durante sólo un mes una campaña pública de injurias al gobierno mexicano, aplicándole al presidente López Mateos los epítetos que Castro, Roa y Guevara han escupido tantas veces al rostro de Eisenhower y ahora sobre Nixon o Kennedy, y al ministro de Relaciones Tello los calificativos que Roa —no en Costa Rica, por supuesto, sino en el seguro regazo de su país— les aplicó a los ministros de Relaciones de Chile, Argentina y Brasil. Esa propaganda de injurias a los gobernantes se alternaría con otra de alabanzas encendidas al “pueblo” mexicano, y de incitaciones para que los derribara. Pues bien, yo apostaría doble contra sencillo a que en México se esfumaría como por ensalmo la simpatía por la revolución cubana, y apostaría también a que hasta un amigo tan declarado de ella como el general Cárdenas, no la volvería a defender, al menos en público.

¿De qué está hecha, entonces, la simpatía latinoamericana por la revolución cubana? No hablo, por supuesto, de la que le tienen los comunistas, pues éstos, por definición, son meros correligionarios; y tampoco hablo de los radicalones que proyectan su inconformidad nacional en una simpatía extranacional, en un caso, psicológico, pero claro, del candil de la calle que resulta oscuridad de su casa. Hablo de la simpatía espontánea, del hombre y de la mujer ordinarios, sin prejuicios ni ataduras ideológicas. A sabiendas de que, además de riesgoso, es antipático, por pedante, todo ejercicio de psicología colectiva, creo que hay uno o dos elementos principales y alguno subsidiario menor; pero no más. El principal elemento de la simpatía popular es que la revolución cubana ha buscado el beneficio del pobre, del desvalido, del ser que en toda sociedad —incluyendo la soviética— forma la mayoría. El segundo elemento principal es la convicción —todavía en pie— de que el fin único de los revolucionarios cubanos es el bienestar del pueblo, y que lo persiguen tan sincera y honradamente, que lo antepondrán a cualquier otro. Y el elemento subsidiario es la natural simpatía que despierta cualquier David en su lucha contra cualquier Goliat.

Honda y entusiasta como tiene que ser la simpatía que brota a borbotones movida por esos elementos, puede resultar

percedera. Desde luego, porque no basta con buscar el bienestar del pueblo; hay que conseguirlo efectiva, realmente, pues, de lo contrario, todo quedaría en una de tantas buenas intenciones con las que está embaldosado el infierno desde hace tiempo. Hasta ahora ha parecido gloriosa la lucha y el aniquilamiento del imperialismo económico y de la burguesía amoral; pero ya la duda existe y es legítima: ¿podrá hacerse, no ya la obra demoledora de la revolución, sino la creadora, la constructiva, usando el solo instrumento de la palabra y la imagen televisadas? Y tendrán que generalizarse otros elementos de duda que ya han percibido algunos. Uno puede destruir el segundo elemento de simpatía: ¿en qué están más interesados los dirigentes cubanos, en el bienestar de su pueblo, o en armarle camorra a Estados Unidos? Nadie —según creo— puede presumir de haber leído las obras completas del doctor Castro; pero quizás no diste mucho de la verdad suponer que el ochenta por ciento de las palabras que contienen está dedicado a deturpar a Estados Unidos, y un modesto veinte por ciento a hablar de los problemas del pueblo cubano. (Me refiero tan sólo a las palabras, porque ignoro si existen algunos actos y en qué se han empleado.) Y hay dudas ya aun acerca del elemento subsidiario de simpatía: desde el principio, el David llamó en su ayuda al Goliat chino y al Goliat ruso para luchar contra el Goliat norteamericano. Así, la gallardía del David baja sensiblemente.

La posición de la América Latina en cuanto a sus relaciones con Estados Unidos es todavía más delicada —si esto fuera posible— que la que guarda frente a Cuba. Los gobiernos todos de la América Latina tienen que darse cuenta que entre más sostenida y aguda sea la nota recriminatoria del trato de Cuba con Estados Unidos, la situación se hace más insostenible, y más próxima la crisis. Pero les es absolutamente imposible sostener otra tesis que no sea la negativa de la no intervención, y hoy, como nunca, con mayor vigor. En primer lugar, porque en materia de intervenciones norteamericanas en la América Latina llovería sobre mojado; en segundo, porque tras de haberle costado mucho trabajo a la América Latina convencer a Estados Unidos de que la intervención, a la

larga, daña más al interventor que al intervenido, toda esa obra penosa se vendría abajo para no reemprenderla jamás considerándola ya inútil; en tercero, porque el poder letal de los armamentos modernos —aun de los irónicamente llamados “convencionales”— hace irrisoria una defensa siquiera simbólica. Así, a los pueblos débiles no les queda otro camino que caer abyectamente de rodillas para no desaparecer de la tierra.

Pero hay una razón más decisiva todavía, si bien parece haber pasado inadvertida hasta ahora, y que pondrá a prueba la inteligencia de Estados Unidos, o sea, su aptitud para resolver el problema de Cuba sin acudir a la fuerza. Después de que había anunciado varias veces —a los cuatro vientos, por si algo faltara— que usaría sus cohetes intercontinentales para defender a Cuba de la invasión norteamericana, Jrushchov explicó a un periodista cubano que debe entenderse que jamás ha pensado sino en una defensa simbólica de su país, es decir, que, para hacerla, sólo prenderá hermosas luces de Bengala en la Plaza Roja de Moscú.

¿Qué significado tiene esta aparente retirada? No —¡por Dios!— debilidad, sino toda una maniobra que renuncio a describir en sus muchas ramificaciones —a pesar de la fascinación casi irresistible de intentarla— para limitarme al punto pertinente. Es una trampa para que Estados Unidos, con la certeza de que Rusia no hará ningún movimiento militar para “defenderla”, intervenga en Cuba militarmente. Muchas de las cartas que juegan los rusos parecen de inmediato estúpidas o estrafalarias; pero en sus efectos lejanos son seguramente aviesas. Y en este caso, Rusia espera que Estados Unidos se haga a sí mismo un daño irreparable, no sólo, por supuesto, en la América Latina, sino en África, el campo de Agramante del día.

Es de suponerse que los gobiernos latinoamericanos se den cuenta cabal de la situación —ya de por sí difícilísima— en que se encuentra Estados Unidos frente a Cuba, y de las complicaciones, en verdad cósmicas, que el problema cubano le ha traído, puesto que para Estados Unidos, con intereses en todo el mundo, no puede haber ningún problema “local”,

y ni siquiera simplemente "continental". Este de Cuba, además, le ha brotado en el peor momento de su historia, cuando, verdad o mentira, muchos han llegado al convencimiento de que Rusia puede haber sobrepasado a Estados Unidos en fuerza física, pero que ciertamente lo ha rebasado ya en destreza política. Estados Unidos no puede, pues, posponer por mucho tiempo una decisión, y a medida que se acerca el instante fatal, más sobrecoge la congoja de que resulte desahogada.

¿Qué puede hacer la ahora sí infeliz América Latina, cogida, como está, entre la espada y la pared? Sólo una cosa: mediar, conciliar, o, más bien, tratar de hacerlo, pues, hasta ahora, los cubanos no han mostrado el más mínimo deseo de dejarse aproximar siquiera. No sólo no lo han expresado siquiera implícitamente, sino que su conducta tiene que interpretarse en el sentido de una cerrazón completa. De Estados Unidos se puede tener la certeza de que acudirá a una cita para conversar, aun cuando debe preverse que no serán sus exigencias de poca monta. Así, de momento, no parece quedarle a la América Latina sino orar para que Dios la acompañe en esta crisis, y expresar desde lo más íntimo de su ser la esperanza de que adviertan a tiempo quienes tienen algún interés en este problema la existencia de un principio eterno, el de que todo, absolutamente todo en este mundo —y en el otro— tiene un límite o término.

NO PARECE caber, así, otra conclusión: rara vez un solo año habrá dejado a la humanidad tanto problema internacional.